

# Ciro Alegría

## LA SERPIENTE DE ORO

Novelas esenciales. Tomo I



PODER JUDICIAL DEL PERÚ  
FONDO EDITORIAL





Ciro Alegría  
**NOVELAS  
ESENCIALES**





COLECCIÓN  
DERECHO Y  
LITERATURA

---

# Ciro Alegría

Novelas esenciales. Tomo I

# LA SERPIENTE DE ORO

---

Presentación

**Francisco Távara Córdova**

Edición

**Gladys Flores Heredia**



PODER JUDICIAL DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL

COLECCIÓN DERECHO Y LITERATURA  
Biblioteca Ciro Alegría

Ciro Alegría

*Novelas esenciales. La serpiente de oro. Tomo I.*

1.ª ed. Lima: Fondo Editorial del Poder Judicial, 2018.

Colección dirigida por Francisco Távora Córdova.

208 pp., 16 x 22.5 cm

Literatura peruana/Siglo XX/Narrativa/Novela/Ciro Alegría

*Novelas esenciales.*

*La serpiente de oro. Tomo I.*

© Herederos de Ciro Alegría

Primera edición: diciembre de 2018

Hecho el Depósito Legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-19976

ISBN: *Novelas esenciales* 978-612-47810-6-3

Tomo I. *La serpiente de oro* 978-612-47810-7-0

© PODER JUDICIAL DEL PERÚ

Fondo Editorial del Poder Judicial

Palacio Nacional de Justicia, 2.º piso

Av. Paseo de la República cuadra 2 s/n, Lima, Perú

Teléfono: (511) 410-1010, anexos 11571 y 11185

Correo electrónico: [fondoeditorial@pj.gob.pe](mailto:fondoeditorial@pj.gob.pe)

FONDO EDITORIAL DEL PODER JUDICIAL

*Director:* Francisco Távora Córdova

*Coordinación:* Helder Domínguez Haro

*Edición:* Gladys Flores Heredia

*Asistentes de edición:* Robert Cáceres Martínez y Jorge Chávez Descalzi

*Diseño y composición:* Rodolfo Loyola Mejía

*Corrección de textos:* Nikolai Vides Flores Prado

© *Fotografía de carátula:* Baldomero Pestana

Este libro no podrá ser reproducido por ningún medio,  
ni total ni parcialmente, sin el permiso previo de sus propietarios.

Se terminó de imprimir el 28 de diciembre de 2018

en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Impreso en Perú / *Printed in Peru*

Tiraje: 500 ejemplares

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
Francisco Távora Córdova	
ESTA EDICIÓN	13
Gladys Flores Heredia	
LA SERPIENTE DE ORO (1935)	
I El río, los hombres y las balsas	21
II El relato del viejo Matías	27
III Lucindas y Florindas	37
IV Ande, selva y río	63
V Muchos pejes y un lobo	83
VI La Escalera	87
VII Los días duros	95
VIII «Aplica, Señor, tu ira»	101
IX El relato del cholo Arturo	105
X ¡Fiesta!	109
XI Charla de bohío	123
XII La uta y el puma azul	129
XIII El desmonte	149
XIV La balsa solitaria	155



XV	El retorno de don Osvaldo	159
XVI	La serpiente de oro	169
XVII	Coca	177
XVIII	El corrido	185
XIX	«No le juímos poque semos hombres»	191
VOCABULARIO		203

## PRESENTACIÓN

La novela en el Perú del siglo XX tiene notables cultores entre los que podríamos considerar a **Ciro Alegría** (1909-1967), **José María Arguedas** (1911-1969) y **Mario Vargas Llosa** (1936). Los estudiosos que se han dedicado a interpretar y profundizar en los contenidos de las obras de estos autores han destacado que cada uno logra crear un amplio mural literario donde se pueden encontrar plasmados con rigor, maestría y vigor, las costumbres, las emociones, los sueños, las utopías, los desengaños y las derrotas que vive el ser humano; un mundo literario personal donde siempre coexisten fuerzas contrarias en tensión y conflicto; un universo literario que invita a pensar en los históricos problemas que no ha podido superar la sociedad peruana.

La riqueza reflexiva de la obra de estos autores es significativa, por ello es que antropólogos, sociólogos, historiadores, filósofos, juristas, lingüistas y literatos la asedian para tratar de comprender alguna etapa problemática de la formación del imaginario nacional o para tratar de entender la crítica que esta quiere hacer a la sociedad y sus instituciones, tanto como para dilucidar el aporte que puede hacer a diversos campos del saber. Interrogantes sobre la imagen del indígena en la narrativa de **Ciro Alegría** y **José María Arguedas**, o la presencia de lo popular, la violencia y los conflictos de poder en las novelas de **Vargas Llosa**, así como la caracterización del habla de los diversos per-

sonajes que crearon estos novelistas, son algunas de las tantas inquietudes que se pueden encontrar en sesudos estudios que desde diversos ángulos disciplinarios buscan comprender el imaginario de estos autores.

Es cierto que los especialistas en profundizar en el análisis de las novelas son los críticos literarios; no obstante, la riqueza reflexiva que irradia la literatura en sí, es patrimonio de los diversos campos del saber, así como de los múltiples lectores que se asoman a las obras atraídos por el provocativo magnetismo de su luz cognoscitiva o por el llamado de su voz retadora. Así, parte de la ciudadanía ha hecho suyas ciertas expresiones que sabiéndolo o no, fueron inspiradas por los títulos de las novelas de estos autores, o por el diálogo de alguno de los memorables personajes. Cierta carga de resignación, renuncia y tristeza existe detrás del uso que se hace de la frase que deriva del título de la novela de Ciro Alegría: «El mundo es ancho y ajeno» o del título de sus memorias «Mucha suerte con harto palo». Otra intensidad, quizá integracionista y auspiciosa de la diversidad, se expresa en la pronunciación de la locución «El Perú de todas las sangres», que toma el título de la novela de José María Arguedas; y a modo de pregunta, con algo de crudeza y rabia, se verbaliza la frase de Zavalita, personaje de la novela *Conversación en La Catedral*, de Mario Vargas Llosa: «¿En qué momento se jodió el Perú?».

Se trata, en algunos casos, de usos que se pueden leer en las columnas de prensa de los diarios locales, algunas veces se dejan oír en las conversaciones y en entrevistas que se realizan a personalidades del campo de la cultura y la política; algunas otras, se oyen entre la multiplicidad de voces de la ciudadanía. El uso de estas locuciones ilustra muy bien sobre los afectos, la intensidad y el imaginario ciudadano, la manera personal que tienen las personas de construir alguna experiencia con el título o con las frases de la novela, aunque se desconozca la fuente de

su proveniencia. Y es que así ocurre con las grandes novelas que muchas veces construyen el mundo de sus ficciones tomando elementos del mundo real y concreto, una vez que estos componentes pasan por el laboratorio imaginativo del novelista, la fuerza y el poder de atracción que emanan, tanto la historia, los ambientes, los personajes, sus palabras y sus acciones, fascinan e invitan a reflexionar a los lectores. Así, las fronteras que separan lo ficcional de lo real y concreto, se difuminan, incluso, hasta el punto de borrar el signo que los identifica como producto literario, es lo que ocurre con las frases que comentamos líneas arriba, estas salieron potencializadas del mundo ficcional y se instalaron en el habla de las personas para ayudarlas a expresar sus sentimientos y experiencias.

Un ejemplo de este tipo de literatura que traspasa el mundo propiamente literario para contribuir con la reflexión sobre nosotros mismos a partir del drama de sus personajes o el problema que desarrollan sus historias lo constituye la trilogía novelística de Ciro Alegría conformada por *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), que ahora damos a conocer en tres tomos con el título de *Novelas esenciales*. Cuando se publicaron, estas novelas fueron enmarcadas en la corriente estético-ideológica del indigenismo, es decir, fueron leídas como textos que denunciaban los atropellos e injusticias que se cometían contra los indígenas. No hay duda de que una de las disciplinas que ha ahondado metódicamente en el estudio de las novelas es la crítica literaria. No obstante, la complejidad y la riqueza reflexiva que estos textos ofrecen no se agotan solo en cuestiones de orden literario.

Por ejemplo, la ecuación judicial que se propone en la novela *El mundo es ancho y ajeno* cuando se coloca a la comunidad de Rumi en conflicto legal contra el hacendado Álvaro Amenábar Roldán, que quiere (y que logrará con el amparo de la ley) despojarlos de sus tierras, esta es, no hay duda, una clara

muestra de los interlocutores que la novela demanda y a los que, a la vez, cuestiona. En uno de los memorables parlamentos, el viejo Chauqui, personaje de la novela, dice: «Cada día, pa pena del indio, hay menos comunidades. Yo he visto desaparecer a muchas arrebatadas por los gamonales. Se justifican con la ley y el derecho. ¡La Ley! ¡el derecho! ¿Qué sabemos de eso? Cuando un hacendado habla de derecho es que algo está torcido y si existe ley, es solo la que sirve pa fregarnos» (Alegría 2004a: 270).

Son palabras bastante duras y desafiantes, y no son las únicas que se oirán por toda la novela. Justamente, para poder calibrar su contenido de orden jurídico y para que los profesionales involucrados en la administración de justicia se sientan invitados a pensar sobre las potencialidades reflexivo-jurídicas de la narrativa de *Ciro Alegría*, es que el Fondo Editorial del Poder Judicial publica esta trilogía novelística. No tengo duda de que su lectura provocará más de una reflexión para reevaluar las acciones que cumplimos en las diversas áreas en las que nos desenvolvemos. Cuando ello ocurra, esta publicación habrá logrado su objetivo fundamental: provocar la autorreflexión sobre nuestras actividades como miembros integrantes de una sociedad y como parte fundamental de la comunidad jurídico nacional.

FRANCISCO TÁVARA CÓRDOVA  
Juez supremo titular  
Director del Fondo Editorial del Poder Judicial

## ESTA EDICIÓN

Ciro Alegría (1909-1967) es un escritor cuya obra supera el paso del tiempo. Su primera novela, *La serpiente de oro* (1935), fue escrita hace más de ochenta años; la segunda, *Los perros hambrientos* (1939), hace más de setenta y *El mundo es ancho y ajeno* (1941) hace setenta y siete años, es decir, su trilogía novelística tiene más de medio siglo y aún sigue vigente. Ello se puede corroborar pues, en el campo especializado, se continúan produciendo textos críticos sobre su obra y, en el ámbito de las aulas escolares y universitarias, aún se continúa debatiendo sobre la actualidad de las historias que viven sus personajes y la pervivencia de las profundas heridas abiertas por la desigualdad e injusticia que aún no han podido cerrar el Estado peruano y sus instituciones.

La publicación de las *Novelas esenciales* de Giro Alegría por el Fondo Editorial del Poder Judicial tiene como objetivo generar un espacio de diálogo para que los lectores especializados y no especializados intercambien opiniones sobre los retos que ofrece la narrativa de este insigne hombre de letras. Desafíos que plantea la novelística de Alegría en el sentido de que presentan a los lectores historias frente a las que se debe tomar una postura a favor o en contra. La literatura, los problemas sociales que esta representa y la actitud que tienen los lectores frente a estos hechos son los componentes que interactúan y

que posibilitan la reflexión. De hecho, en la trilogía narrativa de Ciro Alegría existen un sinnúmero de elementos narrativos para reflexionar sobre la búsqueda de justicia en el Perú. De este modo, el Fondo Editorial del Poder Judicial crea una productiva interacción entre las disciplinas del Derecho y la Literatura.

Ciro Alegría tuvo en vida y en muerte a una especialista que cuidó celosamente sus textos. Ella fue su viuda, recientemente fallecida, doña Dora Varona (1930-2018), poeta, narradora e infatigable editora, que supo de este proyecto y desde un principio fue la principal impulsora para su realización. Lastimosamente, la enfermedad que padecía terminó por arrebatárnosla cuando se la veía más vital y llena de tantos planes editoriales. Ella me facilitó las ediciones y me narró las peripecias detrás de los libros de Ciro Alegría. Por ello, quiero agradecerle en estas líneas por la confianza y por las lecciones de vida que me dejó.

Este conjunto de *Novelas esenciales*, conformado por la trilogía novelística de Ciro Alegría, se publica en tres tomos teniendo en cuenta el orden cronológico de su aparición:

1935 *La serpiente de oro*. Primera edición. Santiago de Chile: Nascimento.

1939 *Los perros hambrientos*. Primera edición. Santiago de Chile: Zig-Zag.

1941 *El mundo es ancho y ajeno*. Primera edición. Santiago de Chile: Ercilla.

Estas primeras ediciones se han cotejado con algunas otras para poder analizar algunas modificaciones:

- 1959 *Novelas completas*. Madrid: Aguilar.
- 1978 *El mundo es ancho y ajeno*. Prólogo, cronología y bibliografía de Antonio Cornejo Polar. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- 2000 *El mundo es ancho y ajeno*. Introducción, notas, bibliografía y glosario de Carlos Villanes. Madrid: Ediciones de La Torre.
- 2004a *Novelas y cuentos*. Selección, prólogo y cronología de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 2004b *Los perros hambrientos*. Edición, introducción y notas de Carlos Villanes. Madrid: Cátedra.
- 2017 *La serpiente de oro*. Estudio preliminar de Alberto Escobar. Lima: Academia Peruana de la Lengua.

Para la presente publicación se han realizado diversos procesos de edición, sobre todo, la comparación de las ediciones existentes con la primera edición. La regla que sigo es la de proporcionar al lector una edición rigurosa por el cuidado que se tiene de página en página para que en estas no se produzca ningún error ortográfico, ortotipográfico, mucho menos, uno de amputación o repetición de segmentos narrativos. Y para que las *Novelas esenciales* de Ciro Alegría sean accesibles a los lectores del siglo XXI, se han aplicado las reglas de puntuación y tildación vigentes. Se ha respetado el parlamento que tienen los personajes toda vez que el estilo del autor busca reproducir el habla cotidiana de los pobladores de Calemar. De esta manera, procuramos poner al alcance del lector una edición confiable de la trílogía novelística esencial de Ciro Alegría.

GLADYS FLORES HEREDIA





# LA SERPIENTE DE ORO



LA CIRO ALEGRIA  
SERPIENTE  
DE ORO

*premio nascimento 1935*



editorial NASCIMENTO

Carátula de la primera edición de *La serpiente de oro* (1935).

## I. EL RÍO, LOS HOMBRES Y LAS BALSAS

Por donde el Marañón rompe las cordilleras en un voluntarioso afán de avance, la sierra peruana tiene una bravura de puma acosado. Con ella en torno, no es cosa de estar al descuido.

Cuando el río carga, brama contra las peñas invadiendo la amplitud de las playas y cubriendo el pedrerío. Corre burbujeando, rugiendo en las torrenteras y recodos, ondulando en los espacios llanos, untuosos y ocres de limo fecundo en cuyo acre hedor descubre el instinto rudas potencialidades germinales. Un rumor profundo que palpita en todos los ámbitos, denuncia la creciente máxima que ocurre en febrero. Entonces uno siente respeto hacia la correntada y entiende su rugido como una advertencia personal.

Nosotros, los cholos del Marañón, escuchamos su voz con el oído atento. No sabemos dónde nace ni dónde muere este río que nos mataría si quisiéramos medirlo con nuestras balsas, pero ella nos habla claramente de su inmensidad.

Las aguas pasan arrastrando palizadas que llegan de una orilla a la otra. Troncos que se contorsionan como cuerpos, ramas desnudas, chamiza y hasta piedras navegan en hacinamientos informes, aprisionando todo lo que hallan a su paso. ¡Ay de la balsa que sea cogida por una palizada! Se enredará en ella hasta ser estrellada contra un recodo de peñas o sorbida por un remo-

lino, junto con el revoltijo de palos, como si se tratara de una cosa inútil.

Cuando los balseros las ven acercarse negreando sobre la corriente, tiran de bajada por el río, bogando a matarse, para ir a recalar en cualquier playa propicia. A veces no miden bien la distancia, al sesgar, y son siempre cogidos por uno de los extremos. Sucede también que las han visto cuando ya están muy cerca, si es que los palos húmedos vienen a media agua, y entonces se entregan al acaso... Tiran las palas —esos remos anchos que cogen las aguas como atragantándose— y se ajustan los calzones de bayeta para luego piruetear cogidos de los maderos o esquivarlos entre zambullidas hasta salir o perderse para siempre.

Los tremendos cielos invernales desatan broncas tormentas que desploman y muerden las pendientes de las cordilleras y van a dar, ahondando aún más los pliegues de la tierra, a nuestro Marañón. El río es un ocre de mundos.

Los cholos de esta historia vivimos en Calemar. Conocemos muchos valles más, formados allí donde los cerros han huido o han sido comidos por la corriente, pero no sabemos cuántos son río arriba ni río abajo. Sabemos sí que todos son bellos y nos hablan con su ancestral voz de querencia, que es fuerte como la voz del río mismo.

El sol rutila en los peñascos rojos que forman la encañada y se alzan hasta dar la impresión de estar hiriendo el toldo del cielo, pesadamente nublado a veces, a veces azul y ligero como un percal. Al fondo se extiende el valle de Calemar y el río no lo corta sino que lo deja a un lado para pasar lamiendo la peñolería del frente. A este rincón amurallado de rocas llegan dos caminejos que blanquean por ellas haciendo piruetas de bailarín borracho.

Los caminos son angostos aquí porque los cristianos y las bestias no necesitan más para salvar las rijosas montañas fa-

miliares cuyos escalones, recodos, abismos y desfiladeros son reconocidos aún durante la noche por los sentidos baqueanos. Un camino es solamente una cinta que marca la ruta y hombre y animal la siguen imperturbablemente, entre un crujir de guijarros, haya sol, lluvia o sombra.

El uno nace al lado del río, al pie de las peñas del frente, aceza un rato por una cuesta amarilla donde crecen frondosos árboles de pate y se pierde en la oscuridad de un abra de los cerros. Por allí vienen los forasteros y nosotros vamos a las ferias de Huamachuco y Cajabamba, llevando coca de venta o a pasear simplemente. Los vallinos somos andariegos, acaso porque el río —inuevo Dios!— nos plasma con el agua y la arcilla del mundo.

El otro baja de la puna de Bambamarca, por el abra de la quebrada, cuya agua canta espejeando entre los peñascales y tiene tanta prisa como él de juntarse al Marañón. Ambos se pierden bajo el umbroso follaje del valle, entrando el camino a un callejón sombreado de ciruelos mientras el agua se reparte en las acequias que riegan las huertas y nos dan de beber. Por él llegan los indios —que lagrimean con los mosquitos hechos unos zonzos y toda la noche sienten reptar víboras como si hubieran tendido sus bayetas sobre un nidal— a cambiarnos papas, ollucos o cualquier cosa de la altura por coca, ají, plátanos y todas las frutas que aquí abundan.

Ellos no comen mangos porque creen que les dan tercianas y lo mismo pasa con las ciruelas y guayabas. A pesar de esto y de que no están aquí sino de pasada, los cogen las fiebres y se mueren tiritando como perros friolentos en sus chocitas que estremece el bravo viento jalquino. Esta no es tierra de indios y solamente hay unos cuantos aclimatados. Los indios sienten el valle como un febril jadeo y a los mestizos la soledad y el silencio de la puna nos duelen en el pecho. Aquí sí pintamos como el ají en su tiempo.



Aquí es bello existir. Hasta la muerte alienta vida. En el panteón, que se recuesta tras una loma desde la cual una iglesuca mira el valle con el ojo único de su campanario albo, las cruces no quieren ni extender los brazos en medio de una voluptuosa laxitud. Están sombreadas de naranjos que producen los frutos más dulces. Esto es la muerte. Y cuando a uno se lo traga el río, igual. Ya sabemos de la lucha con él y es antiguo el cantar en el que tomamos sabor al riesgo:

Río Marañón, déjame pasar:  
eres duro y fuerte,  
no tienes perdón.  
Río Marañón, tengo que pasar:  
tú tienes tus aguas,  
yo mi corazón.

Pero la vida siempre triunfa. El hombre es igual al río, profundo y con sus reveses, pero voluntarioso siempre. La tierra se solaza dando frutos y es una fiesta de color la naturaleza en todas las gradaciones del verde lozano, contrastando con el rojo vivo de las peñas ariscas y el azul y blanco lechoso de las piedras y arena de las playas.

Cocales, platanares y yucales crecen a la sombra de paltos, guayabos, naranjos y mangos entre los que canturrea voluptuosamente el viento haciendo circular el polen fecundo.

Los árboles se abrazan y mecen en una ronda interminable.

Centenares de pájaros ebrios de vida cantan a la sombra de la floresta y más allá, junto a las peñas y bajo el oro del sol, están los gramalotales donde se engordan los caballos y asnos que han de ir a los pueblos llevando las cargas. La luz refulge en los lomos lustrosos y las venas pletóricas les dibujan ramajes en las piernas. Cada relincho es un himno de júbilo.

Las casuchas de carrizos entrelazados y techo de hoja de plátano se amodorrán entre los árboles a la vera de las huertas. Son de líneas rectas como que están armadas sobre tallos de cinamomos esbeltos. De ellas salen los cholos pala en mano, o lampa en mano, o hacha en mano rumbo al quehacer, o solamente checo en mano para tenderse a remolonear, mientras el aire hierve al sol, bajo cualquier mango o cedro amigo.

Porque ha de saberse que los árboles que respetan nuestras hachas son los cedros y ante su abundancia se quedan los forasteros con la boca abierta. A veces, cuando hay buen humor, se corta alguno y se hace una pequeña mesa o un banco a golpe de azuela, pero lo más frecuente es encontrarlos en pie, prodigando su amplia sombra a las casas y las lomas, los senderos y las acequias y desde luego al cristiano que va en pos de ella.

Y el palo venerado es el de balsa. Cenizo de color, el muy rogado, crece contando los años y es propiedad del dueño del lugar en que nace. ¿Quién pelearía por un palto o un naranjo y hasta por un cedro? Nadie. Pero por un palo de balsa es otra cosa. Ha habido peleas serias en las que ha relucido el cuchillo y ha corrido la sangre. Una vez el cholo Pablo mató al Martín por cortarle un palo mientras él se hallaba ausente. Volvió el Pablo del pueblo y echó de menos su palo, y averiguó... Seguidamente fue donde el Martín. Estaba en la puerta de su choza.

—¿Quién mia cortao el palo?...

Y el cholo Martín, haciéndose el mosca muerta y riendo:

—¿Luan cortao?...

El Pablo se ajusta la faja como para pelear y dice:

—Claro que luan cortao, no se va dir solito...

Y el Martín, mascando su coca como si tal cosa:

—Estoy por crer quel palo se juyó solito...

Entonces el Pablo no pudo más y sacó su cuchillo abalanzándose sobre el Martín. Un solo golpe al pecho y no tuvo tiempo ni de gritar «ay». El Martín es difunto hace cuatro años.

Los palos de balsa escasean cada vez más. Quedan algunos y los dueños los cuidan amorosamente, pero crecen haciéndose aguardar. ¿Si no fuera por ellos, cómo cruzaríamos el Marañón? Su unión forma las balsas, esas cuadrangulares armazones que pasan el río hasta podrirse o ser llevadas por él y pueden contar mil historias.

Río arriba, hay un valle que se llama Shicún donde los palos abundan. Los dueños hacen negocio vendiendo balsas y los compradores se vienen con ellas por el río. Todos los calemarinos hemos ido a Shicún muchas veces, pero no todos hemos vuelto.

¡Balsa: feble armazón posada sobre las aguas rugientes como sobre el peligro mismo! En ella va la vida del hombre de los valles del Marañón, que se la juega como en un simple tiro a cara o cruz de moneda.

## II. EL RELATO DEL VIEJO MATÍAS

Corría marzo en sus finales y el río estaba mermando. Una tarde pasamos a un forastero ya sin gran trabajo. Era un joven de botas, pañuelo de seda al pescuezo y alón sombrero de fieltro. Su elegancia resaltaba ante nuestra elemental indumentaria de vallinos: sombrero de junco, camisa de tocuyo, pantalón de bayeta, rudos zapatones u ojotas chocleantes y acaso también un gran pañuelo rojo que envuelve el cuello defendiéndolo del sinapismo del sol. Su caballo era un zaino grande y bueno, solo que bisoño en estos lugares y tuvimos que remolcarlo desde la balsa con una soga. El apero relucía en sus piezas plateadas, lo mismo que las espuelas del jinete y la cache de su revólver, metido en funda que pendía de un cinturón de gran hebilla.

El señor era blanco, alto y miraba vivazmente en un juego chispeante de pupilas. Enteco como una caña, parecía que su cintura iba a quebrarse de pronto. Su voz suave y delgada iba acompañada de pulidos gestos de manos. Estaba claro que no era de estas regiones, donde los hombres son cuadrados como las rocas y hablan con voz alta y tonante, apta para los amplios espacios o el diálogo con las peñas.

El forastero se hospedó en la casa del viejo Matías, la más grande de todo el valle, extendiendo su toldo de dormir en el corredor. El viejo lo miraba disponer su blanca tela sonriendo y al fin le preguntó:

—¿Comues su gracia y quiá venidusté hacer puacá?

El joven respondió amablemente, aunque con una irónica sonrisa que se diluía en las comisuras de sus labios finos:

—¿Gracia?

—Sí, cómo se llamasté...

—¡Ah!, Osvaldo Martínez de Calderón, para servirles, y he venido a estudiar la región.

Después aclaró que era de Lima, ingeniero, hijo del señor fulano de tal y de la señora mengana de cual y que trataba de formar una empresa para explotar las riquezas naturales de la zona. El viejo se rascó la coronilla ladeando su junco sobre el ojo, frunció el hocico, torció los ojos, se vio que quiso hacer una broma o una objeción, pero se concretó a decir únicamente:

—Tienusté su casa, joven, yojalá le vaiga bien...

Don Matías Romero vivía con su mujer, doña Melcha, tan vieja como él, y su hijo Rogelio. El Arturo Romero tiene su vivienda a unos cuantos pasos pues sacó mujer con tiempo. La casa del viejo cuenta con dos habitaciones y un espacioso corredor, como que es una buena casa. El viento cuchichea entre las secas hojas del techo y bate sus alas a través de los carrizos de la quincha, refrescando a los moradores del bochorno perenne de estos valles.

Yo fui esa tarde a la casa del viejo a ver al recién llegado y echar una mano de charla. Al extremo del corredor estaba el Rogelio tendido en su barbacoa, mientras el forastero, don Matías y el Arturo ocupaban toscos bancos de cedro junto a la puerta.

—Pasa, hom... llega, hom... —suena la voz amistosa del viejo.

Él y doña Melcha han hilvanado muchas arrugas en las caras cetrinas pero tienen los corazones animosos. Una entrecana perilla de chivo da al viejo un aire pícaro. El Arturo es ya mayor y así lo demuestran las renegridas cerdas que se erizan sobre su labio a modo de bigote. En la cara del Roge hay aún una pelusa

de melocotón verde, entre la cual una que otra barba surge solitaria como maguey en pampa.

Un forastero de tan lejos —idónde diablos quedará esa Lima tan mentada!— es un acontecimiento, y nos ponemos a charlar de todo. Está cayendo la tarde y el calor es húmedo. Flota un vaho de tierra removida y chirrían los grillos y cigarras. Desde un naranjo caen blandamente esferas de oro y en la copa de un arabisco azulea y solloza un coro de torcaces. La vieja Melcha cocina en un fogón, levantado al pie del mango que crece ante la puerta y nos llega un olor que dice de su intención de quedar bien con el huésped. Mascamos coca y fumamos los cigarrillos finos que el recién llegado nos obsequia. Este señor responde a la ligera nuestras preguntas y en cambio se asombra de cuanto hay. Tenemos que darle explicaciones hasta de nuestros checos caleros, diciéndole que estos pequeños calabazos sirven para guardar la cal y se queda mirando el mío que tiene un cuello labrado en asta de toro y una tapa del mismo material donde se acurruca un monito con la cara fruncida de risa. Saca la tapa y se punza con el alambre de la cal, probando la punta en el dorso de la mano. Nos reímos y él se pone colorado como un rocoto.

Se deshace en preguntas el joven este y don Matías suelta la lengua sin que tenga que jalársela. El viejo es de los que conversan a gusto cuando hay que contar de su tierra.

—¡Cómo jué la crecida, señor! Se llevó dencuentro to un lao diun yucal y dos balsas questaban más abajo, en el varadero, sacadas aun sitio onde no llegó lagua, dinó hace tiempenque... cual contabel finaio Julián.

—¿Mucho, entonces? —inquiére el forastero.

—Cual nunca, señor, dinó haciañus...

—Don Julián es finaio hace diez años —aclaro.

—Sí, pué —ratifica el viejo. Y prosigue—: No quedó dinó la balsita el Rogelio, deste, —dice señalando al hijo que coquea impasible— yel cholito luavía hecho como jugando, con palos

malos bajaos dentre las peñas e lotra banda. Es tan chiquita, como luabrá visto, que parece puñao e chamiza en medio lagua. Lo peyor era que la gente venía pa quedarse enel frente después diaber caminao tantas leguas con lesperanza e pasar. Los más fregaos son los celendinos. ¡Ah, condenaos cristianos! Esos shilicos po vendele sus sombreros a tuel mundo siandan más sea con tuel invierno encima. Otras veces eran negociantes e ganao, o gente e consideración, o inditos tamién. Esa gente ay aguardaba que lo pasáramos. ¡Ah, cristianos! De noche priendían su candelita enel pie dialguna peña que juera como cueva pa hacer e comer. Yestaban tuel día gritando: «vengan a pasarnooooooooós»... «a pasarnooooooooós»... Yel río que bramaba haciéndose espumarajos y creciendo como cosa e brujería.

—¿Mucha era el agua? —pregunta todavía el forastero.

—¡De vicio, señor! Siestaba de bote en bote. Aura quia pasao usté lua visto que se descascaran las piedras diuna costra negra, rajada puel sol. Tueso lo tapó lagua, que dejuel limo poray... y los cristianos alotro lao grita que grita, como le digo: «vengan balserooooooooós»... «balserooooooooós». Yuno es balsero, pue, ¡iqué diablos! Hay que pasar enton a la gente aunque no le paguen dinó un ochenta po cada cristiano. Y salíamos enton en la balsita el Roge, dos palas por costao, jalando agua duro. Largábamos bien arriba pa dir a recalar justo en el mesmo pie e La Repisa, esa piedra chata quiaura quedalta yenesos días erel embarcadero. Llegábamos sudaos y gritando quempuñaran la sogá que les aventábamos. Se quería subir tuel gentío pero aguantábamos nomá hasta que lagua llegaba po los tobillos. Si sobraba gente otra güelta veníamos. Los comerciantes sechaban los bultos e sus mercancías a lespalda pa que no se mojaran. Íbamos a salir bien abajo, po la condenada corriente que nos quitaba las palas a su gusto...

—Las jundíamos comuen barro tieso —dice el Arturo quebrando su mutismo de rumiante de coca.

—Dispués, —prosigue don Matías— bía que tirar la balsa con una sogá dende lorilla pa empuñar altura y golver a pasar.

—¿Y las bestias? —inquiérese el costeño sin duda pensando en su caballote remolón.

—Pasaban a nado, señor. Aunque las bisonas tenían quier amadrinadas con una que supiera. Algunas hay tan sabitotas y baquianas que tiran pal río apenas bajel jinete. Así pasó con la mula e don Soria, que siaventó con montura, yalforja y to. Lalforja taba con plata ya don Soria le parecía que siba a cair. Bía que velo ondese cristiano como pataliaba en el otro lao gritando: «mi plataaaaá... mi plataaaaá se va en la mulaaaaá». Único las peñas le respondía pue nosotros que luíbamos hacer, pero la mula llegó pacá con to. Cuando pasó don Soria no se convencía que estaba con toíto, solo que con lalforja y el apero chorriando agua... Sacó los cheques y se pusua secalos al mero solcito, dándoles viento con el sombrero e ratuen rato y eneso se volaban y el corría puatrás...

Nuestras risas son como galgas por la bajada de la ironía. El forastero, complacido, saca de su alforja una botella de licor fino y nos convida. Luego se admira concientemente:

—¡Entonces es tremendo esto!

Y don Matías, que ha soltado la lengua para no parar:

—¡Ah, señor! Una vez se devisó una palizada pero jalamos juerte y salimos con el tiempo contao. Una señora que venía ya bien panzoncita se puso blanca como el papel y llegando pa lorilla, ay nomá abortó... ¡Ah, creciente deste año! Habrá memoria della pa un tiempunque...

—¿Pero ustedes pasaban siempre? —apunta el preguntón.

—¿Qué, señor. Si nuavía balsa güena y lagua se llegaba hinchar como una misma juria. Una vez, ¡qué ni contalo!, se vino inflar como si trajiera el Colluash, el mostro que casi naides ha visto pero que común lobo con cien manos y no parece dinó cuando el río tiene que tragar po fuerza alguno pa dale e comer al



maldito. Venía mucha palizada tamién ya lotro lao bajaron unos señores muy togaos, de sombreros blancos y botas, coloriendo los pañuelos al pescuezo. Desensillaron sus bestias que pasaron braciando como perros de tan ligero, pero naides pasaba de miedual Colluash, que dejuero andaba viendo comualimentarse dialgún cristiano. Ay taban en La Repisa haciendo su candelita po las noches. Cuando llovía o soplabo viento muy juerte, nieso tenían. Y tuel día lo pasaban escarbando al pie los pates.

—¿Al pie de los pates? —se asombra el extraño.

—Sí pué, señor. Arbolito gracioso esel. De la corteza se saca fibra pa sogas ques tal fibra colorada o tamién amarilla según el genio el árbol. Yen las raíces tiene bultos como papas y tal vez más grandes. Esos bultos se llenan diagua enel invierno yesa le sirve pal verano, puese vive dentre las meras peñas. Los señores escarbaban pa chupar lagüita e los bultos el pate.

—¿Y aquí toman el agua turbia del río?

—Quesqué, señorcito. Se junta e la quebrada que se limpia cuando no llueve y se guarda pa los días que llueve. Ya se les acabaría la comida onde los señores, tamién. Uno se subió aun pedrón comua la semana y gritó: «Traigan comidaaaaá»... «les pagamooooós»... «Idaaaaaaá»... «amooooóos»... «amooooóos»... contestaban las peñas. Y el señor batía pedazos como si fueran pañuelitos. ¡Cheques, claro! Nosotros nos ajuntamos a lorilla mascando nuestra coca yéramos como veinte cholos. Reparábamos al río que blasfemaba común condenao y naides si animaba. El cholo Dolores contaba que lotra noche oyó resollar al Colluash. Yo con mis hijos biéramos pasao pero la balsita no valía pa eso. Yel señor subía pa gritar más toavía: «comidaaaaá»... «les pagamooooóos». Y las peñas que contestaban al tiempo quel enseñaba los cheques al aire. Tanto oílos y velos, el Rogelio quiso dir. Su mama y toítos le rogamos que no juera peruel dijo que lo pasaba nadando solito.

—¿Qué Rogelio? —curioseaba el huésped.

—Este, pué, mi cholo Roge —dice el viejo señalando al hijo con entonación que refleja molestia por no haber tomado nota de ello en su anterior indicación. Y continúa, pavoneándose, mientras el checo de cal resuena golpeando el nudo del encorvado pulgar zurdo—: El Roge hizo quipe con yucas cocinadas y plátanos y luamarró a lespalda calata, pue se botó la camisa. Dispués se fajó con muchas güeltas e su faja más ancha el calzoncito e balsero y se jué metiendual río. Acostumbrao taba a tirarse diun pedrón que dentra hasta parte jonda peruesa vez taba con quipe, asiés que dentró po lorilla nomá. Cuando le faltó piso, comenzó braciando. Bía que velo ondel cristianito nadar echando espuma. Los señores delotro lao le gritaban: «tira, tira, cholito»... y nosotros que tamién gritábamos: «ídale, dale!»... Y la mama tamién: «ídale, Rogito, dale pué hijito, tienes que gol-ver!»... Yel río que bramaba yel quipe parecía solún puntito en medio e los tumbos diagua negra. Pero mi cholo Roge bració duro —icon veinte años, como no!— y jué a dar al mero pie e La Repisa. Los señores lecharon una sogá y salió luego. La güelta, ya sin peso, jué más fácil pero con to salió abajenque... Vino pa nosotros po las piedras e lorilla y llegó acezando y conel pecho ensangrentao diuna rasmilladura que dejuero jué diun palo e debajo lagua. Unos dijieron quera quel Colluash le bía dao un zarpazo. Medio asustao, medio riéndose, mi Roge sacó e su boca tres cheques coloraos dia libra caduno. El río bajó comua los tres días y podimos balsiar onde los señores...

Don Matías calla mientras el Roge se da vuelta en su barba-coa y ríe, ahora sí intensamente, sin el contrapeso del susto. La vieja Melcha trae estiércol encendido en una callana para que el humo espante los zancudos. Todos, a excepción del presumidito forastero, nos hemos metido grandes bolas y conversamos animadamente. Él no quiso parlarnos de Lima, pero en cambio terminó con su licor fino que, unido a nuestro guarapo, nos pone patas arriba la medida. Alegrementemente revienta en nuestras

bocas la cancha de la risa en tanto que el calor del valle nos envuelve con el crepúsculo en una morada manta tibia. Comemos de buena gana la gallina frita con yucas y los camotes que doña Melcha nos sirve, y plátanos que el viejo arranca de los racimos que hemos visto amarillear toda la tarde tras los carrizos de la quincha.

Oscureció y el Roge hizo candela en una delgada vara que atravesaba sucesivos frutos de higuierilla, blancos y pelados, que ardían crepitando. Los tucos y las pacapacas estremecían el follaje con su canto lúgubre. Arriba, el cielo despejado hacía brillar millares de estrellas. Parecía un tazón de bronce bruñado. Los zancudos comenzaron a zumbar en gran número y don Osvaldo se metió bajo su toldo.

Dijo el Arturo mirando el cielo refulgente y limpio:

—Con verano y to, balsa nos falta...

—Sí, pué —apuntó el Rogelio—. Aquí nuay palos que digamos y tendremos que dir a Shicún.

Masticando el proyecto junto con la coca, permanecemos un rato silenciosos. Era cosa de ir y traerse una buena balsa. Seguro que costaría unos treinta soles, pero no importaba. El Arturo se removió en su banco:

—Vamos, pué, con vos —dijo mirándome.

Yo tenía ganas de ir nada más que por tirar un poco de pala y beber el cañazo que sacan en Shicún, donde hay cañaveral, trapiche y alambique, pero recordé que había plátanos por cortar y que la siembra nueva necesitaba una mano de ceniza, de modo que sería necesario encender monte.

—No puedo, pué. Tengo que plantar estos días en el terrenito que limpié y voya quemar monte. Si me tardo, el gramalotal me va ganar...

El Arturo hizo sonar su checo en el nudo y se volvió hacia el hermano:

—¿Y vos, hom? Vamos contigo, nadadorenque...

El Rogelio andaba esos días como el gallo, haciéndole la rueda a la Florinda, pero no dio lugar a que se insistiera sobre el viaje. Respondió, dándose su aire, eso sí:

—Yastá, pero primero tomaremos algo en el fundo y trairemos algunos poros del juerte pa convidar. Estos treinta mestán pensando...

Doña Melcha fue enterada de que tenía que hacer el fiambre y el viejo Matías siguió hablando de cuanto se le ocurría. El ingeniero, amodorrado por el calor, estaba ya roncando bajo su toldo. El viejo proyectaba lavar oro en el Recodo del Lobo para venderlo a los negociantes durante la feria de Pataz. Yo estaba contento con la perspectiva de mi platanar y no me entusiasmo gran cosa su oro. Pensaba también ir a la fiesta, pero bastaría con lo de la huerta: coca y quizá plátanos. El Arturo y el Roge dijeron que, volviendo con la balsa, verían. Tal vez iban a venderla o, más seguramente, a dedicarse a balsear ellos mismos. Era cosa que verían después pero, de todos modos, tendrían plata para la fiesta.

Los murciélagos pasaban haciendo rúbricas fugaces en la sombra.

Al otro día, muy de mañanita, el forastero ensilló y partió por el caminejo que serpea cuesta arriba. Los hermanos se fueron, alforja y poncho al hombro, por uno que ni se distingue y va por la orilla del río a dar a Shicún, quebrándose en innumerables altibajos en la pedrería de las playas o haciendo obligadas maromas en las laderas cuando el río se pega a las peñas. La plata para la balsa la ponían los dos.





El Poder Judicial tiene como política institucional la creación de un espacio para la difusión de obras especialmente relacionadas con el derecho y la justicia, que permitan impulsar la reflexión y el análisis intelectual, así como la investigación sobre estos tópicos. Considero que la literatura posee un contenido social que puede ser aprovechado para reflexionar sobre diversos temas que comprometen al campo de la administración de justicia. Así la trilogía novelística de Ciro Alegría: *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), que publicamos con el título de *Novelas esenciales*, está compuesta, sin duda, por obras ejemplares donde se representan los problemas y desafíos de la justicia y el derecho en nuestro país.

FRANCISCO TÁVARA CÓRDOVA

